

este fin, conviniese con los mismos animales en la figura corporal, mas no en el espíritu; porque este no es el que los goza. El espíritu humano no debía asemejarse nada al de los otros entes sensibles; porque fué criado, no para lo temporal y visible, sino para lo eterno é invisible, que es su Dios.

TRA-

TRATADO III.

Discursos políticos relativos al hombre y á la sociedad civil.

Muchas materias que justamente se debían tratar, se comprehenden en el título de discursos políticos sobre el hombre; y entre ellas es principalísima aquella en que se expusiese su carácter en órden á los empleos necesarios que exercita en la virilidad, para subsistencia física, y comodidad decente de la sociedad, quales son los de agricultura, milicia, artes y comercio. Pero, porque á estas materias he dedicado obras separadas que se publicarán en otra ocasion, me limito en la presente á otros discursos, que no tienen lugar conveniente en dichas obras, y merecen ser tratados: tales son los de la hermosura aparente del hombre, ó de la variedad de las modas con que, pretendiendo hermosear su figura corporal, la afea; de su urbanidad en tratarse; de las diversiones del luxò, y de la propagacion del linage humano.

CA-

CAPÍTULO PRIMERO.

Hermosura aparente del hombre.

En el tratado antecedente se ha discurrido largamente de la perfeccion ó hermosura que la naturaleza da á la figura corporal del hombre; y en este empezaré á discurrir de la que le da el arte ó, por mejor decir, el capricho humano. Quien ménos observa la naturaleza, ménos distingue y aprecia la perfeccion de su hermosura. Los descuidos de la naturaleza en hermosear al hombre, exceden mucho en la belleza á los aciertos del arte mas sublime. A despecho de la verdad incontrastable de esta máxima, los hombres preocupados é ignorantes de lo que es verdadera hermosura, desfiguran y afean la natural con las mismas industrias ó medios, con que pretenden adornarla, ó hacerla mas bella. La naturaleza, que es como la verdad, no tiene ni presenta á la vista del físico mas que un sendero: el que de este se aparta, caminará siempre descarriado ó perdido. Quan extraviados caminen los hombres que juzgan añadir con el arte á su figura corporal la hermosura que no les da la naturaleza, lo hace ver tan claramente su vario y ridículo modo de adornarse y desfigurarse. No hay persona que se adorne sin el fin de parecer mejor que sin el adorno; mas siendo totalmente diversos en la substancia, y en el modo, los adornos y las industrias de que usan los hombres para lograr la mayor hermosura, no es creible que con adornos tan diversos puedan parecer mejor. Los adornos son efecto del capricho; y la hermosura lo es de la proporcion mas perfecta.

Si queremos ver los efectos ridículos del capricho hu-

humano, tendamos la vista de la consideracion por la faz terrestre; y veremos en unos países hombres siempre derechos como usos, ó como si todo su cuerpo fuera una pieza sola sin doblez alguno: en otros, los veremos con el cuerpo, que parece una cadena de goznes ó eslabones, haciendo movimientos perpetuamente encontrados: veremos unas gentes totalmente peladas: otras con trasquilones ó coronas: otras con cabellos desgreñados; y otras con grandes rizos postizos, pendientes al rededor de su cabeza, como si fueran carámbanos. Unas naciones se raen el cabello del copete, para hacer mas espaciosa la frente, internándola en el casco de la cabeza, y otras dexan caer los cabellos hasta las cejas, para que desaparezca la frente. Unas se untan con sebo la cabeza; y otras se la llenan de harina: aquellas á estas parecen otros tantos cocineros; y estas á aquellas otros tantos molineros. Unas naciones se ven siempre afeitadas, ó que se arrancan todos los pelos, como lo hacen comunmente las americanas; y otras siempre barbadas, como lo hacen los árabes de lo interior del Africa: aquellas á estas parecen eunucos; y estas á aquellas parecen machos de cabrío. Unos hombres van siempre desnudos; y otros totalmente cubiertos: unos con los pies descalzos; y otros con las manos calzadas (1). Unas naciones van cargadas siempre de flechas por adorno: otras de lanzas: unas llevan cuchillos; y otras (como las del imperio del Congo) llevan espadas que arrastren. Así unos hombres parecen siempre cazadores, otros carniceros, y otros toreros.

Si

(1) Los Holandeses llaman á los guantes zapatos de las manos.

Si llamamos á exámen los mártirios que los hombres, buscando la hermosura aparente, dan á sus cuerpos, y las extrañas y ridículas figuras de los vestidos que usan para cubrirlo, hallaremos que el delirio humano se obstina en desquadrar los miembros, y desfigurar la hermosura de los cuerpos. Nos delectamos racionalmente en ver pinturas y estatuas humanas, en que el arte ha llegado á imitar lo mas perfecto y hermoso de la naturaleza sin variacion alguna; y esta perfeccion y hermosura que se procuran en el exemplar, se desfiguran y afean en el original. La naturaleza en los pies ha puesto las basas proporcionadas á la fábrica del cuerpo humano; de cuya altura es medida determinada y respectiva su largueza, que es una sextupla parte de ella: mas pretendiendo la preocupacion corregir las medidas justas de la naturaleza, pone la hermosura del pie en estrecharle con gran daño, y hacerle menor de lo que pide su proporcion natural con el cuerpo. El mismo efecto tiene el capricho comun de las mugeres que pretenden adelgazar su cintura desproporcionando no solamente la simetría natural y hermosa del cuerpo, sino tambien haciéndole perder su forma y su sanidad. No hablaré de la prensa dolorosa y perjudicial de las cotillas, contra cuyos daños en la salud y perfeccion física del cuerpo, declamé en otro lugar. Hay cuerpos con defectos naturales; pero de estos son pocos los que el arte puede corregir sin causar otros mayores, ó daños mortales. Mas el arte no debe obrar, quando no hay defectos naturales verdaderos. El violentar la naturaleza, es lo mismo que destruir ó malear sus producciones. La poca salud, ó vida breve de las mugeres acomodadas, suelen ser efectos ciertos del desórden que en la circulacion de sus humores, y en la vegetacion de sus cuerpos, causan la es-

estrechez y violencia que con su modo de vestir hacen á la naturaleza. Si la razon no basta para desterar las preocupaciones en el modo de vestir, debe bastar el amor propio de la salud.

¿Y qué diremos de la costumbre de agujerearse las propias carnes, cómo se hace con las orejas para colgar de ellas metales, cristales y piedras? Bárbaro debió ser el primero que tuvo este pensamiento; y tal costumbre, aunque sea comun, nunca dexará de ser bárbara. Despojémonos de la preocupacion que puede haber engendrado el hábito de ver llevar pendientes en las orejas, y consideremos esta costumbre en su origen: en este caso conoceremos que debió tener poco de racional el que pensó en agujerear sus carnes para colgar de ellas adornos, como se cuelgan de las paredes. El filósofo que ve entre las naciones cultas la costumbre de agujerearse sus carnes, que tienen las mas bárbaras, observa que en ella todas proceden con igual barbaridad (1). Los iroqueses se hacen tres agujeros en cada oreja, y llevan pendientes que les llegan hasta el pecho. Los caribes y algunas naciones del Brasil, se oradan los labios; y no faltan algunas que se agujerean narices, pechos y muslos. Si el agujerearse las carnes para colgar de ellas algunos adornos se juzga medio útil para hermosear el cuerpo, no se sabrá determinar si convendrá mas agujerearse las narices que las orejas; y si el agujerearse las narices es costumbre bárbara, ¿por qué será civil la de agujerearse las orejas? La razon no encuentra diferencia: la encuentra el uso entre las naciones que

(1) Lafteru citado: tom. 3. al principio.

se llaman civilizadas: mas en este uso son bárbaras. Quien hace mas agujeros en sus carnes, será mas bárbaro; y nunca se deberá llamar civilizado el que hace uno solo.

Por no ser necesariamente prolixo no me detendré en describir menudamente la variedad siempre ridícula de vestir á la moda. Los adornos del hombre, segun esta, desde los pies hasta la cabeza, dan materia de consideracion triste, y de desengaño continuo al filósofo, que no sin compasion admira ocupada y abismada en las ideas pueriles y visibles de la moda, la que debia ser la mas noble parte de la humana prosapia. Las modas (materia que arrebatada la atencion de los que no han tenido educacion, ó nunca dexan de ser niños) por la corrupcion del pueblo, y por el descuido de los legisladores, son actualmente objeto quizá mas interesante que el de remediar las necesidades naturales. El padre de familias puede preventivamente calcular los gastos para los vestidos que piden la necesidad y decencia: mas no los que pide la moda. Esta ocupa hoy mas artesanos que exigen los oficios de primeras necesidades. Los desórdenes que del pueril uso de las modas resultan, son comunes públicos aniquiladores de la felicidad de los hombres. En vano estos se lamentan de sus desgracias, efectos necesarios de causas que no quita la legislacion descuidada. A cada momento aparece un prototipo de nueva moda que, corriendo en posta por todas las naciones, las hace aparecer al instante con nueva máscara.

No sé donde la naturaleza esconde ó ha impreso la idea que hallo tan comun al género humano para desfigurar su hermosura natural con la ridícula variedad de los adornos. Las naciones civilizadas y bárbaras piensan sobre este punto de la misma manera,

y

y su diferencia solamente está en las mas ó menos industrias de que usan para desfigurar el cuerpo. Los afeytes y untos con que se ocultan las carnes, ó se altera su color, son tambien comunes á las naciones bárbaras y cultas. Conviene estas tambien en agrandar ó achicar algunos miembros del cuerpo, corrigiendo como defectos los aciertos de la naturaleza. Yo confundo á todas las naciones del mundo en el origen de estas ideas que hallo comunes entre ellas. El origen es irracional, es bárbaro, y las naciones, llamadas bárbaras, hacen bárbaramente en esta materia lo mismo que las civilizadas practican ridículamente.

Las naciones bárbaras en las modas se abandonan á la barbaridad, y aun á la crueldad. Se puede decir que son ciertamente prodigiosas las ideas que segun los varios caprichos se forman de la hermosura. En casi toda la Guinea está en tanta estimacion la nariz chata (1), que si nace algun niño que no la tenga al punto se la aplastan. Los americanos generalmente se pintan todo el cuerpo con varios colores, y con sangre de bestias, apareciendo manchados como tigres. Los hotentotes, ademas de untarse freqüentemente la cabeza con sebo, tienen tambien el uso de teñir sus cuerpos con tizne de sartenes y calderos. Las mugeres hacen en sus caras particulares pinturas con cal y bermellon. A sus ternos hijuelos los untan con estiércol de vaca, con xugo de higos, y con sebo; y despues los llenan de polvos dorados, que hacen de una yerba llama-

da

(1) Kolbenio vol. 1. p. 190. Stor. gen. dei viag. tom. 18. l. 14. c. 3.

da bukku. Muchas naciones americanas usan de pinturas caústicas (1). En la Virginia Florida y Luisiana se hacen incisiones crueles en las carnes, para perpetuar la pintura, y hay incisores de oficio. Esta costumbre (2) cruel floreció tambien en algunas naciones antiguas.

La nacion de los jaggas (3), que está en los confines del Congo, tiene por hermosura dexarse la boca casi sin dientes, quitándose los quatro delanteros, dos de la encía superior, y dos de la inferior. Si en los convites echan de ver que algun jagga viene armado de aquellos quatro dientes, los demas convidados no quieren comer con él; no porque teman la desigualdad de las armas, sino por no comunicar y aunarse con persona que lleva consigo tal deformidad.

Los Japones usan de sus mejores vestidos dentro de casa. Los hombres visten talar como las mugeres: estas llevan una cola muy larga, y gran número de sayas interiores, mas ó ménos, segun la distincion de su clase. Algunas llevan hasta ciento; bien que son de tela muy sutil.

En el Japon, China y otros reynos del oriente el color negro es de alegría; y en cada uno de dichos reynos es muy diferente el gusto en adornar la cabeza. En el Japon los nobles se raen la mollera, y dexan crecer el pelo en el cogote. Al contrario los plebeyos se raen el cogote, y dexan crecer el pelo en la mollera. Los chinos se raen toda la cabeza, ménos el re-

(1) P. Lafiteau Mœurs &c. tom. 3. chap. 1.

(2) S. Isidor. origin. l. 19. c. 23. Pompon. Mela, l. 2. c. 12. Herod. l. 5. n. 6. Solin. De magna Britaan. cap. 25.

(3) Stor. gen. dei viaggi tomo 17. l. 13. §. ult.

remolino, cuyo cabello dexan crecer hasta poder formar una buena trenza. Los iroqueses (1) en América tienen por un lado cortados los cabellos á dos filas. Los antiguos egipcios se raían tambien la cabeza. Los de Licia por lo contrario llevaban los cabellos largos; y de los caribes se dice que tienen el raerse por señal de esclavitud.

En Jamesfort (2), que está en el Africa, los hombres llevan siempre desnudo el brazo izquierdo. Segun relacion de Cardano (3), en algunos países de las Indias occidentales se hallan hombres que ponen su hermosura en tener quadrada la cabeza, á cuyo fin las comadres ponen entre quatro tablas bien atadas la cabeza de los recién nacidos: é Hipócrates dice (4), que en su tiempo varias naciones los faxaban la cabeza de modo que por el remolino hiciese punta. Esta misma costumbre tiene la nacion tiboí americana, descubierta por el ex-jesuita D. Pasqual Ponce.

Estas costumbres de las naciones incultas son verdaderamente dignas de desprecio, y causan desde luego cierta disonancia, á que no sabe acomodarse nuestro genio. ¿Pero por ventura justifica esto las nuestras? No ciertamente, ántes bien descubre mas el desconcierto de nuestras ideas; porque, quitado cierto carácter de barbarie, que domina en sus modas, como domina tambien en sus acciones, todo lo demas nace de un principio, que en nosotros es tan violento como en ellos, y es la falsa idea de reformar

la

(1) P. Lafiteau Mœurs des Sauvag. &c. tom. 3. chap. 1.

(2) Viage de Moore, Stor. gen. dei viag. tom. 9. l. 7.

(3) Lib. 1. de rerum variet. c. 43.

(4) Lib. de aere, loco, et aquis, num. 35. p. 348. En el vol. 1. de la edicion citada.

la hermosura natural con la artificial. Esta idea no les da lugar á la reflexion; y ayudada de la educacion, y de la costumbre, precipita el juicio, y tiene á ciegas por hermoso lo que, mirado á buena luz, es horrible. Mas ellos nos hacen á nosotros el mismo argumento. Nos disuenan sus modas, porque no nos hemos criado por allá, ni estamos acostumbrados á verlas: á ellos disuenan las nuestras por la misma razon. Para ellos es hermoso lo que para nosotros es disforme; y al contrario, para ellos es feo lo que para nosotros es hermoso. Si una boca, por exemplo, á quien le falta un diente, para nosotros no es hermosa, para algunos de ellos es absolutamente fea, si no le faltan quatro; y lo mismo digo de otras costumbres.

Todo esto prueba, que ni los unos, ni los otros han atinado con lo justo, llevados de sus preocupaciones. Tienen necesidad de valerse del arte, y no han sabido usar de él, segun la medida de la prudencia. El arte en el adorno del cuerpo será tanto mas perfecto, quanto mas imite á la naturaleza; pero tiene sus límites, pasados los cuales, degenera abriendo la puerta á innumerables excesos, que sirven, no á la hermosura, sino á la vanidad, á la soberbia, y á la ruina de muchas casas: excesos que por desgracia son tan comunes como lo son las modas que los originan. Mas afortunados fuéron en este punto los siglos pasados, en que los reynos de Europa mantuviéron cada uno su modo particular de vestido y adorno del cuerpo. Entónces eran moderados los gastos: era ménos la soberbia y vanidad, de lo que tenemos aun el dia de hoy algun exemplo en aquellos países que conservan sus vestidos nacionales, como son los Ungaros y Suizos. De grande utilidad seria, si en todas partes se hiciera lo mismo; y lo contrario acarrea ciertamente grandes males. Crecen el

el fausto y luxó, y menguan los caudales; porque cada reyno, y aun cada pueblo abraza las modas que vienen de los países circunvecinos, y que se inventan en el suyo propio, recibiendo la ley, en este importante punto, de los inventores de ellas, que por lo comun son los miembros mas inútiles, por no decir los mas nocivos al estado, ú hombres dominados del interes. El discurso de la hermosura aparente nos ha conducido al de las modas; y este al del luxó, porque todos son relativos entre sí, y estrechamente unidos. Mas el del luxó, por sus funestas conseqüencias, merece tratarse larga y separadamente, segun la importancia grande de su materia.